

AUSCHWITZ, MARX Y EL SIGLO XX*

Enzo Traverso

Traducción de Patricio A. Brodsky

RESUMEN

En el presente artículo se plantea la relación interna entre modernidad y las formas de violencia de destrucción total, teniendo como eje reflexivo el exterminio nazi de judíos en Auschwitz. Se argumenta cómo la racionalidad instrumental, la homogeneización y la serialización de la burocracia y de la fábrica son aspectos de la modernidad capitalista que están presentes en la elaboración de la "muerte reificada" como subjetividad específicamente moderna, cuya expresión extrema y brutal fueron los campos de exterminio nazis, lo cual no quiere decir que su realidad se limite a esa experiencia.

SUMMARY

This article discusses the internal relation between modernity and the forms of totally destructive violence, taking as its axis the Nazi extermination of Jews in Auschwitz. It argues that instrumental rationality, homogenisation and serialisation of the bureaucracy and the factory are aspects of capitalist modernity which are present in the elaboration of the "reified death" as a specifically modern subjectivity whose extreme and brutal expression were the Nazi extermination camps -which does not mean that their reality is limited to this experience.

AUSCHWITZ COMO SÍMBOLO

Distintas razones han hecho de Auschwitz un símbolo y un nudo problemático de los crímenes nazis. No obstante, es necesario aclarar que el uso actual de este concepto como síntesis y metáfora del exterminio encarna un fenómeno relativamente reciente. A excepción de algunos pocos inte-

* Publicado en "Pour une critique de la barbarie moderne. Ecrits sur l'histoire des Juifs et de l'antisémitisme", Éditions Page deux, Paris, 1997.

lectuales –en primer lugar Theodor W. Adorno–, prácticamente ninguno utilizó la denominación alemana de esta pequeña ciudad polaca desde 1945 (Oswjecim) para definir la fábrica más grande de muerte conocida en la historia. Simplemente después de la guerra, cuando la cultura antifascista aparecía como realmente hegemónica en Francia y en varios países de Europa occidental, el símbolo del crimen nazi se centró más bien en lugares importantes de la deportación política, los campos de concentración de Dachau y Buchenwald. El lugar central de Auschwitz en la literatura del universo concentracionario nazi empezó a construirse junto con el surgimiento de la conciencia, en el mundo occidental, de la singularidad histórica del exterminio del judío. Esta conciencia generó, de aquí en adelante, neologismos en todos los idiomas: el holocausto, un término de origen latino que indica un sacrificio humano de purificación por el fuego, y *shoá*, “destrucción” en hebreo. Aunque de uso actual, gracias a su extendida difusión por los medios (uno recuerda de inmediato la miniserie televisiva del mismo nombre) e incluso por los catálogos de bibliotecas (notablemente en los países angloparlantes), la palabra “holocausto” fue objeto de feroces controversias, en mi opinión absolutamente legítimas, debido a su connotación religiosa que tiene implícita una tendencia a conferir una justificación teológica a la tragedia judía. El término *shoá* tiene el mérito para definir la esencia de este evento, la cual es el resultado de la especificidad de los campos de exterminio pero se ve impregnada de interpretaciones ideológicas, junto a especulaciones de corte político, debido al uso instrumental que algunos sectores del *establishment* israelita hacen del genocidio judío en función de su propia autolegitimación.

La imagen más conocida de Auschwitz –rieles que entran dentro del campo envueltos por las tinieblas– evoca la memoria de convoyes ferroviarios arribando de toda Europa, cargados exclusivamente de judíos deportados cuyo destino era su selección para las cámaras de gas. Nosotros ya no podemos pensar en Auschwitz sin imaginar el humo de los hornos crematorios, lo cual nos indica la unión inescindible que fusionó este nombre para siempre con la destrucción de los judíos de Europa. Auschwitz adquirió hoy en día el estatuto de un concepto que sintetiza más allá de su espesor emocional de dolor y memoria, en el plano histórico, el conjunto

de los crímenes nazis y, en el plano ético, al menos desde el pensamiento de Karl Jaspers y Hannah Arendt, la "culpa", ciertamente ni universal ni indistinta, sin embargo muy real e imposible de olvidar, de una parte de Alemania y de Europa por los crímenes del nazismo.¹

"Auschwitz" es una definición más pertinente que "holocausto" o que "shoah" para definir el sistema hitleriano de muerte, pues reconoce la especificidad del genocidio judío sin aislarlo, mientras, por otro lado, lo inscribe dentro del inmenso contexto que fue el universo concentracionario nazi. Estas son las razones que hacen de dicho lugar un símbolo, una metáfora y una síntesis: Auschwitz fue, en su momento, el campo de concentración y de exterminio más grande que operó bajo el Tercer Reich; allí encontró la muerte la mayor cantidad de víctimas, no sólo judíos sino también gitanos, rusos, polacos o de otras nacionalidades; era el lugar principal en relación con el proceso de exterminio racial (entre un millón y un millón y medio de judíos fueron eliminados en las cámaras de gas de Birkenau) y del exterminio por el trabajo (261 000 víctimas entre 405 000 deportados). Por otra parte, Auschwitz fue un sistema de campos que se caracterizaron por ser centros de producción y, además de muerte. Allí tuvieron representación todas las categorías de "enemigos" según la obsesiva clasificación nazi; los subhumanos (*untermenschens*) (judíos, gitanos, testigos de Jehová, homosexuales, "asociales", deportados políticos, prisioneros de guerra, "trabajadores requeridos" de los países ocupados). En este sentido Auschwitz constituye un auténtico nudo problemático que liga el campo de concentración y de exterminio al conjunto de la sociedad alemana y une la industria y el exterminio durante la dominación nazi en Europa de forma tal que permite establecer relaciones entre política y deportación, e incluso contradicciones que de él se sucedieron, de un lado, entre los requerimientos militares y productivos y el objetivo de exterminio y, del otro, entre la racionalidad "administrativa" del sistema y su irracionalidad absoluta en el plano humano y social. Finalmente, al asentarse sobre un complejo gigantesco de campos, Auschwitz no sólo permitió el número más grande de víctimas, sino también el número más grande de testimonios (de Primo Levi a Charlotte Delbo, de Tadeusz Borowski a Jean Améry²).

AUSCHWITZ Y LA SOLUCIÓN FINAL

El campo de Auschwitz fue creado en 1940 y entró en función como *Konzentrationszentrum* (KZ) durante el año siguiente; fue uno de los primeros campos de exterminio en adoptar el sistema de muerte por gas en la primavera de 1942, y el último en acabar con este ritual macabro, en noviembre de 1944. El verdadero campo de exterminio, Birkenau, era el más grande de los seis centros en los cuales se perpetró el genocidio judío (los otros eran Chelmno, Belzec, Sobibor, Lublin-Majdanek y Treblinka). La creación de Auschwitz-Birkenau fue precedida por la institución de campos de concentración, reservados como destino para los opositores políticos alemanes; estos campos aparecieron en Alemania desde 1933 (Dachau) y aumentaron a partir de 1938 (Buchenwald, Mauthausen, Neuengamme, Flossenburg, etc.) para, finalmente, extenderse por la totalidad de los territorios ocupados por el Reich alemán durante la guerra. Cualitativamente distintos de los campos de concentración, los campos de exterminio eran la extensión, una fase "superior" de la máquina de muerte nazi, genéticamente superiores a las distintas formas que los habían precedido dentro del universo concentracionario. Este salto cualitativo —que implicó un cambio de función del KZS (campo) cuya finalidad inmediata en adelante fue la producción de la muerte— era determinado por la adaptación de las estructuras concentracionarias al imperativo ideológico nazi de la eliminación de los demás, "las razas inferiores". En este sentido Auschwitz aparece como el símbolo de la superposición entre la biología racial y la evolución de las técnicas de exterminio en masa, que es origen de los campos de exterminio. Para estudiar la génesis de Auschwitz tenemos que desarrollar, por consiguiente, las distintas fases del proceso que finalizó en la "Solución Final" del "Problema Judío" en Europa.

El antisemitismo constituyó, en el caso de Hitler, una obsesión que se remonta a sus años de juventud en Austria, marcado por la influencia de la demagogia pequeño-burguesa del alcalde social cristiano de Viena, Karl Lueger, y por el nacionalismo pangermánico de Georg von Schönerer, dos corrientes que impregnaron todo el medio cultural austro-alemán a co-

mienzos del siglo XX. Atraído por esta tradición racista y antisemítica, Hitler proyectó contra los judíos sus frustraciones de artista joven y sin futuro, tan ambicioso como mediocre, en un contexto intelectual extensivamente caracterizado y, por otra parte, dominado por la presencia judía. Nada asombroso hasta allí: semejante mecanismo psicológico estaba, en aquel momento, bastante generalizado en varios países europeos. Pero fue en la Alemania de finales de la Primera Guerra Mundial en donde el *völkisch* nacionalista y los racistas antisemitas se convirtieron en la base de un movimiento político de masas, al principio desorientado y heterogéneo, pero después sólido alrededor del Partido nazi, más notablemente luego del asombroso resultado electoral en 1930.

Desde la llegada de Hitler al poder el antisemitismo nazi sufrió una radicalización progresiva. Más allá de la ola represiva que golpeó a los militantes e intelectuales de izquierda, dos categorías en las cuales la proporción de judíos era especialmente importante, las primeras medidas discriminadoras contra los judíos (las cuales, de manera esencial, involucraban a empleados de la función pública y a algunas profesiones liberales), se adoptaron a partir de la primavera de 1933, y se extendieron dos años después gracias a las leyes de Nuremberg. Éstas borraron completamente adquisiciones de un siglo de emancipación y abrieron las puertas a una verdadera política de persecución que continuó la ola de *pogroms* iniciada en noviembre de 1938, durante la tristemente célebre *Kristallnacht*, la "noche de los cristales rotos". Ya unos meses antes habían comenzado a tomarse las medidas de "arianización" de la economía alemana (esto es, la expropiación intensiva de capitales y fortunas judías). Por otra parte, debido a este evento, el antisemitismo nazi se acentuó fuertemente. En una mirada retrospectiva, los *pogroms* de 1938 aparecen como un ensayo importante en la forma de la Solución Final, porque ellos verificaron, por primera vez, en una escala enorme, la pasividad general de la sociedad alemana. De aquí en adelante, "paso a paso", se encaró la persecución de los judíos. Hitler y la elite nazi intuían que una radicalización era entonces posible y no encontrarían escollos insuperables.

En 1939, con el estallido de la guerra y la invasión de Polonia, el régimen nacional socialista empezó la deportación de judíos hacia los

ghettos y los campos de concentración (de la misma manera se concibió un proyecto de traslado masivo de poblaciones parcialmente alemanas hacia los territorios del Este). Desde la agresión a la Unión Soviética en agosto de 1941, los nazis procedieron a la exterminación, a través de la aplicación de dos fases distintas. Primero, la ejecución se confió a los *Einsatzgruppen*; las unidades especiales de las SS se encargaron de la eliminación de judíos y de los comisarios políticos del Ejército Rojo en territorios ocupados por la *Wehrmacht*. En la segunda fase, la cual empezó en la primavera de 1942, se puso en funcionamiento a los campos de exterminio. Es desde ese momento que Auschwitz jugó un papel esencial en el proceso de destrucción burocrática e industrial de personas por razones de "higiene racial".

El resultado global de este *Vernichtungskampf* fue entre cinco y seis millones de víctimas. Como lo ha señalado Raul Hilberg, el principal historiador de la Solución Final, el exterminio fue un proceso conformado por varias etapas diferenciadas: primero, se definió a los judíos como enemigos de la "raza aria" por una nueva legislación antisemítica (1935); así, ellos fueron desposeídos y reducidos a la condición de proscritos (1938); durante una tercera fase los encerraron en *ghettos* y campos de Europa oriental, debido a una política de deportación implementada en todos los países sometidos al yugo nazi (1940-1944); finalmente, fueron eliminados (1941-44). El exterminio se realizó en dos fases: primero, por los "destacamentos móviles de matanza", los *Einsatzgruppen*, luego por los "centros específicos de encierro y exterminio".³

No fue un proceso planificado, sino el resultado de una serie de medidas relacionadas unas con otras como los eslabones de una cadena. Se generó debido a la radicalización progresiva de la política y del sistema nazi de dominación. Si la linealidad y la consistencia de este proceso parecen claras ante una mirada retrospectiva, no lo eran a los ojos de las víctimas ni de sus inventores y ejecutores. Mientras la maquinaria de deportación y concentración se puso en marcha, la política oficial del régimen nazi privilegió la opción de la emigración judía, la cual sólo fue abandonada en 1941, mientras se mantuvo la expectativa de crear un inmenso ghetto en Madagascar, en aquel momento colonia francesa, donde Hitler

quiso concentrar a cuatro millones de judíos. El genocidio judío se vuelve completamente incomprensible si se hace abstracción de la historia del antisemitismo moderno, específicamente en Europa central y en el área germánica. Una vez más debemos decir que el exterminio de judíos era, en última instancia, la consecuencia de una intención. La decisión del *Endlösung* fue tomada por Hitler (probablemente entre el verano y el otoño de 1941, cuando puso en marcha la Operación Barbarroja en el frente oriental⁴) y se logró implementar en los años siguientes gracias a un sistema técnico y administrativo que no podía ser producto de una simple improvisación. Un examen más profundo de la situación militar y política del régimen nazi durante la guerra revela que el exterminio no era la solución más "cómoda" y barata de resolver la cuestión judía en los territorios conquistados en Polonia, Ucrania, Rusia y en los países bálticos, para no hablar de Europa occidental y de los territorios más marginales y distantes del imperio alemán, como Grecia continental o la isla de Corfú. Por un lado, la máquina de deportación –la concentración–, el exterminio, implicó una coordinación y una organización que no podrían ser consecuencia de la improvisación ni tampoco resultado de elecciones empíricas y contingentes; por otro lado, envolvió una extendida red de estructuras y medios que demostraron ser muy poco racionales en los planos militar y económico. Determinada por un imperativo ideológico, esta política se tornó prueba, a pesar de la racionalidad formal (en sentido weberiano) de los distintos segmentos burocráticos, administrativos e industriales, de una "contra-racionalidad" global del sistema de poder nazi.⁵

Sin embargo, un intento de explicación del genocidio judío no se puede detener allí. Llevado al extremo, semejante acercamiento intencionalista sólo serviría para ver a Auschwitz como el simple producto de la psicopatología hitleriana. Los antisemitas nazis sufrieron una evolución y, sobre todo, una gran radicalización durante la guerra. No es inútil señalar aquí que en el programa del NSDAP, el antisemitismo (discriminador y no genocida) no ocupe un lugar central. También es necesario agregar que muchos historiadores subrayaron que, a diferencia de Hitler y Alfred Rosenberg, que estaban obsesionados por el odio antijudío, los principales jerarcas nazis nunca habían mostrado evidencia de un antisemitismo

virulento antes de su adhesión al movimiento nazi. Esto excluye, por ejemplo, a algunos de los principales responsables de la Solución Final, como Himmler, Goering, Hess, Frank o el mismo Goebbels, quienes adhirieron al movimiento nacional socialista por el antisemitismo.⁶ El genocidio no fue, por consiguiente, un proceso lineal, ni la realización de un proyecto ya anunciado. La mera intención no puede explicarlo, más allá del hecho que era desigualmente compartido dentro de la jerarquía nazi. Como escribió Pierre Vidal-Naquet, "la ideología, tan asesina, no es suficiente para dar cuenta del pasaje al acto".⁷

Es necesario analizar en contexto, la compleja maquinaria de poder nazi con todas sus ramificaciones en la Europa ocupada. El genocidio judío era, en primer lugar, producto de la guerra. Era un evento completamente inconcebible fuera del contexto psicológico, social, político y militar creado por la guerra en el Frente Oriental. Sólo la Segunda Guerra Mundial permitió que el odio visceral contra los judíos y el anticomunismo de Hitler se unieran en una lucha total contra el "judeo-bolchevismo". Desde 1941 esta lucha tornó a una guerra cualitativamente diferente, por sus niveles de violencia y destrucción, enfrentando a los poderes occidentales. Era, según Arno J. Mayer, una especie de "cruzada secularizada" de los tiempos modernos. La meta de la "guerra total" no era tanto la derrota del Ejército Rojo, sino, sobre todo, la conquista del Lebensraum al Este y la defensa de la "civilización europea" amenazada por el bolchevismo judío. El genocidio apareció en una guerra sangrienta que produjo varios millones de víctimas. Allí todo se volvió posible, incluso lo que parecía inimaginable hasta finales de los años treinta: "La Operación Barbarroja fue, por consiguiente, en su momento, una ofensiva militar gigantesca contra la Rusia Soviética y una feroz cruzada contra el "judeo-bolchevismo". El judeocidio estaba exclusivamente circunscrito a los países del Este. Fue una cruzada inscrita en el propio corazón de la guerra que generó la tan curiosamente fatal furia destructiva contra los judíos".⁸

Desde esta perspectiva el exterminio de judíos representa el punto de llegada de una guerra moderna de treinta años; empezó en 1914 por la ruptura del balance entre viejas dinastías de las grandes potencias europeas.⁹ Extranjeros en el moderno Occidente, los judíos fueron, de este

modo, víctimas designadas en esta larga guerra civil europea comenzada en las trincheras de la Primera Guerra Mundial y finalizada en los hornos crematorios de Treblinka y Birkenau.

SOCIOLOGÍA DE AUSCHWITZ

La organización de la máquina asesina nazi representa una síntesis de la fábrica industrial, el ejército y las estructuras penitenciarias de la sociedad moderna articuladas de acuerdo a un proyecto de eliminación racial. La muerte reinó en un mundo en que sus elementos constitutivos –la fábrica, el cuartel, la cárcel– estaban extendidos por todas las sociedades occidentales. Después de todo no es casual que Auschwitz fuera, a la vez, un campo de exterminio y un campo de trabajo –Buna-Monowitz– donde la industria química alemana IG-Farben había instalado talleres de producción.¹⁰ Según Raul Hilberg, “este sistema se perfeccionó a un grado tal que justificó la descripción que de él dio un médico SS: la cadena (línea de montaje)”.¹¹ En general, en los campos de Auschwitz, estas dos estructuras –productiva y destructiva– fueron integradas. Allí se produjo el triunfo y el festejo de la muerte reificada.

Esta doble función del Lager de Auschwitz sintetiza de manera emblemática una de las mayores contradicciones que marcaron el proceso del exterminio judío: el conflicto casi permanente, dentro de las SS, entre los partidarios de dar prioridad absoluta al exterminio (H. Himmler, R. Heydrich) y fuerzas favorables a una mayor explotación de la mano de obra judía en los campos de concentración (O. Pohl, de la oficina central de administración y economía, WVHA). Los campos de exterminio nacieron de la fusión de dos sistemas preexistentes: las cámaras de gas, introducidas durante la invasión en el frente ruso, las cuales en la primera etapa estaban en unidades móviles, y los campos de concentración que se concibieron esencialmente para la deportación política y la explotación de la fuerza de trabajo conformada por prisioneros de guerra. Controlados por la oficina de economía de las SS, estos campos se volvieron el ámbito principal de acción de la política de exterminio decidida por el Ministerio del Interior, la Policía y los órganos de política racial. El paso de la explo-

tación al exterminio no era automático, ni sin solución de continuidad. Toda la política genocida tuvo lugar en un escenario de tensión permanente entre productividad y exterminio. Estas contradicciones atravesaron el Konzern IG-Farben debido a que el genocidio tomó forma mediante la explotación de la mano de obra judía en el marco de un “exterminio por el trabajo” pero, al mismo tiempo, produjo el Zyklon B que permitió el funcionamiento de las cámaras de gas.¹² El camino que desembocó en Auschwitz no fue lineal sino sinuoso, caracterizado por tendencias divergentes que en última instancia, eran la subordinación del interés económico al imperativo del exterminio. Los procesos puestos en marcha en los campos de exterminio eran perfectamente “racionales” y científicos, dicho de otra manera: modernos. Auschwitz celebró este enlace tan típico del siglo XX entre la racionalidad más alta de medios (el sistema de campos) y la más absoluta irracionalidad de fines (la destrucción de personas) o, si se prefiere, implicó, bajo la forma de una tecnología destructiva, el divorcio entre la ciencia y ética. Al fondo había una notable homologación estructural entre el sistema de producción y el de exterminio que coexistían en Auschwitz. Este último funcionó como una fábrica productora de muerte:¹³ los judíos eran su materia prima y los medios de producción no tenían nada de rudimentario, por lo menos desde la primavera de 1942, cuando los móviles camiones de gas fueron reemplazados por un sistema fijo incomparablemente más eficaz: la cámara de gas. Aquí, la muerte se produjo por las emanaciones de Zyklon B, un tipo de ácido prúsico fabricado principalmente por IG-Farben, la industria química alemana más avanzada. Los cuerpos de las víctimas eran entonces quemados en el horno crematorio del campo cuyas chimeneas evocaron las formas arquitectónicas más tradicionales del paisaje industrial. Todo lo que podría recuperarse de las víctimas –tanto sus posesiones como algunos elementos de sus cuerpos– se almacenó en depósitos. Por consiguiente, durante la liberación de los campos los aliados descubrieron montañas de cabellos, dientes, zapatos, gafas, maletas, etcétera.

La reificación de la muerte requirió una técnica fría y conveniente, un lenguaje digno de un crimen perpetrado sin pasión, despojado de estallidos de odio, con la satisfacción de lograr una tarea y ejecutar un trabajo

realmente metódico. El genocidio se volvió *Endlösung* (Solución Final), el exterminio por gas: *Sonderbehandlungen* (tratamientos especiales), las cámaras de gas: *pezialeinrichtungen* (medios especiales), etc. El *Amtsprache*, este lenguaje codificado, apuntó a esconder el crimen y, al mismo tiempo, reveló uno de sus mayores rasgos: su dimensión burocrática, eslabón indispensable entre la rutinización de la violencia y la reificación de la muerte.

Las autoridades que manejaban los campos eran, en la mayoría de casos, burócratas, ejecutores aplicados y disciplinados: encarnación, como Adolf Eichmann, de "la trivialidad del esmero". En su testamento, escrito en una celda de Cracovia en febrero de 1947, el comandante de Auschwitz, Rudolf Hoess, relata de manera macabra acerca de una gigantesca fábrica de muerte: "Yo era un engranaje inconsciente de la inmensa máquina de exterminio del Tercer Reich".¹⁴

AUSCHWITZ Y LA MODERNIDAD

Las más recientes investigaciones acerca del sistema concentracionario nazi y el genocidio judío subrayan las profundas raíces de Auschwitz dentro de la sociedad del siglo XX, y muestran lo siniestro que se oculta en la sociedad moderna. Según Zygmunt Bauman, Auschwitz "se pensó e implementó en el seno de nuestra civilización, en el apogeo de su desarrollo cultural y humano; el porqué es una pregunta que pende sobre esta sociedad, civilización y cultura".¹⁵ La modernidad de Auschwitz no produjo sólo las fábricas de muerte, sino también a su trasfondo cultural, formado por una racionalidad burocrática que aplica un gerenciamiento administrativo sin ningún cuestionamiento de orden ético. A la monopolización estatal y la racionalización de la violencia se agrega una adecuada producción de indiferencia moral de, por ejemplo, los funcionarios que manejaron meticulosamente la organización de los ferrocarriles del Reich sin cuestionarse para qué se transportaban trenes dirigidos a Auschwitz, Treblinka y Sobibor, ni cuál era el destino de sus pasajeros.

Este juicio ha sido enunciado por Wolfgang Sofsky: "El campo de concentración aparece en la historia de la sociedad moderna. En los campos

de batalla de masas de las guerras uno experimentó el poder de exterminio de la técnica moderna; en los mataderos de campos de concentración, el poder destructivo de la organización moderna".¹⁶

Ernest Mandel inscribió su análisis del genocidio judío en una interpretación global de la Segunda Guerra Mundial: "Afirmar que el germen del holocausto está en el racismo extremo del colonialismo y del imperalismo no significa que esta atrocidad tenía que producirse inevitable y automáticamente en su peor forma". Para él, "odio racial tenía que combinarse en forma parcial con la racionalidad asesina del moderno sistema industrial".¹⁷ Sin embargo, la singularidad histórica del genocidio judío no reside en el sistema concentracionario sino en el exterminio racial, una ruptura real de la civilización que rasgó una tela, la solidaridad humana elemental en la cual se basaba la existencia de la humanidad en este planeta hasta aquel momento.¹⁸

Auschwitz se generó por la fusión de la biología racial con las técnicas y fuerzas de destrucción que se ponen en movimiento en las sociedades industriales modernas.¹⁹ Este genocidio históricamente singular —único en el transcurso de una civilización ya contaminada por matanzas y violencias, hasta los genocidios reales (de aztecas a Ruanda)— nació de la reunión fatal del antisemitismo moderno con el fascismo, dos oscuros y siniestros polos de modernidad que encontraron síntesis en Alemania aunque, analizados aisladamente, ya eran corrientes extendidas en la Europa de entreguerras. En este sentido, mucho más que una especificidad alemana, Auschwitz constituye una tragedia cuya raíz se hunde en la situación de Europa del siglo XX.

Con frecuencia, el antisemitismo tomó la forma de una reacción conservadora contra la sociedad moderna, como en el caso de la Rusia de los Zares y, también, desde varios aspectos, en la Alemania de Hitler cuyo *Weltanschauung* fue dirigido a borrar un aspecto del mundo moderno proveniente de la Revolución francesa: la herencia del Iluminismo y del racionalismo humanista. Pero esta batalla se llevó por medio y en nombre de la modernidad tecnológica e industrial más avanzada. El nacional-socialismo había recibido como legado de su "Revolución conservadora" una mezcla *sui generis* de arcaísmo y modernidad, de mitologías teutonas

y de culto de la tecnología a las que se agregó un poco del racismo biológico que hunde sus raíces en la tradición del darwinismo social; eso fue su autoproclamada ciencia. Auschwitz a menudo ha sido interpretado, desde una visión ingenua y positivista de la historia, como una recaída de la sociedad en la barbarie; por otra parte, los positivistas desde hace dos siglos son dominados por la idea de Progreso. Sin embargo, tal visión se ha demostrado incapaz de comprender la dimensión moderna de esta forma de barbarie, producto del desarrollo de la ciencia y de la técnica como instrumentos de muerte. Los campos de exterminio no representan una regresión de la sociedad hacia la barbarie del pasado, sino un fenómeno histórico radicalmente nuevo.²⁰ No es el fruto habitual, natural e inevitable del desarrollo de la modernidad sino, ciertamente, una de sus posibles salidas en la escena de las actuales situaciones sociales.

Si bien el genocidio judío debe entenderse, en el plano histórico, como el resultado de una cadena larga de persecuciones, sería demasiado simplista interpretarlo como el resultado inevitable y natural de una eterna judeofobia. Por un lado, los antisemitas modernos marcaron un giro cualitativo respecto a la hostilidad cristiana tradicional hacia los judíos. Por otro lado, la Solución Final representó un salto cualitativo y una ruptura en la historia del antisemitismo; ésta cumplió una función muy precisa al hacer de los judíos víctimas propiciatorias de tensiones y conflictos sociales. Para cumplir este rol los judíos tenían que subsistir. Los campos de exterminio, a su vez, reñidos con toda forma de racionalidad social o económica, marcaron un hiato antropológico respecto a la percepción antisemítica tradicional de judíos como la minoría extranjera, peligrosa y hostil. Ellos expresaron otra forma de "racionalidad": Auschwitz aparece como la realización de eso que Horkheimer y Adorno calificaron –siguiendo a Max Weber– como "la razón instrumental" del capitalismo moderno, una racionalidad interesada, olvidada del hombre y exclusivamente dirigida hacia la dominación.

Auschwitz no sólo debe representar la oportunidad de rememorar un luto del pasado que oriente la salida de un tiempo "homogéneo y vacío" (Walter Benjamín), el cual será superado y que la humanidad clasificará en sus archivos y, quizá, un día, olvidará. Auschwitz debe constituir un

cuestionamiento permanente de nuestra civilización y del mundo en que vivimos, el mismo que fue capaz de generar el horror de las cámaras de gas. "Nunca más Auschwitz", este es, en el pensamiento de Adorno, el imperativo categórico a que deben ser sometidas las generaciones de la posguerra.²¹ Traducido en acciones concretas, este imperativo significa hoy: Nunca más Mölln, nunca más Sarajevo, nunca más Kigali...

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor W., *Dialectique négative*, Payot, Paris, 1992.
- Arendt, Hannah, *Karl Jaspers, Briefwechsel*, Piper, München, 1985.
- Bauman, Zygmunt, *Modernity and the Holocaust*, Polity Press, Oxford, 1989.
- Dan, Diner, "Historical Understanding and Counterrationality", en S. Friedländer (ed.), *Probing the Limits of Representation. Nazism and the "Final Solution"*, Harvard University Press, 1992.
- Detlev, Peuckert, "Alltag und Barbarei. Zur Normalität des Dritten Reiches", en D. Diner (Hg.), *Ist der Nationalsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit*, Fischer, Frankfurt/M, 1987.
- Diner, Dan, *Zivilisationsbruch. Denken nach Auschwitz*, Fischer, Frankfurt/M, 1988.
- Hilberg, Raul, *La destruction des Juifs d'Europe*, Fayard, Paris, 1988.
- Hoess, Rudolf, *Le commandant d'Auschwitz parle*, La Découverte, Paris, 1995.
- Mandel, Ernest, "Les prémisses matérielles, sociales et idéologiques du génocide nazi", en H. Wissman/Y. Thanassekos (éds), *Révision de l'histoire*, Cerf, Paris, 1990.
- Mandel, Ernest, *The Meaning of the Second World War*, Verso, London, 1986.
- Marrus, M. R., *The Holocaust in History*, Penguin Books, London, 1987.
- Mayer, Arno J., "La "Solution finale" en Histoire", La Découverte, Paris, 1991.
- Nolte, Ernst, *Der europäische Bürgerkrieg*, Ullstein, Frankfurt, 1987.
- Parrau, Alain, *Ecrire les camps*, Belin, Paris, 1995.
- Peter, Hayes, *Industry and Ideology. IG Farben and the Nazi*, Era, Cambridge University Press, 1987.
- Philippe, Burrin, *Hitler et les Juifs*, Seuil, Paris, 1988.
- Sandkühler, T. y H.W. Schmuhl, "Noch einmal: die I.G. Farben und Auschwitz", *Geschichte und Gesellschaft*, 19, 1993, Heft 2.

Sofsky, Wolfgang, *L'organisation de la terreur*, Calmann-Lévy, Paris, 1995, p. 345.

Traverso, Enzo, *Les Juifs et l'Allemagne*, La Découverte, Paris, 1992.

Vidal-Naquet, Pierre, *Les Juifs, la mémoire et le présent*, II, La Découverte, Paris, 1991.

NOTAS

¹ Hannah Arendt, Karl Jaspers, Briefwechsel, Piper, München, 1985.

² Cf. Alain Parrau, *Ecrire les camps*, Belin, Paris, 1995.

³ Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe*, Fayard, Paris, 1988.

⁴ Cf. Philippe Burrin, *Hitler et les Juifs*, Seuil, Paris, 1988.

⁵ Cf. Dan Diner, "Historical Understanding and Counterrationality", en S. Friedländer (ed.), *Probing the Limits of Representation. Nazism and the "Final Solution"*, Harvard University Press, 1992.

⁶ M. R. Marrus, *The Holocaust in History*, Penguin Books, London, 1987, p. 11.

⁷ Pierre Vidal-Naquet, *Les Juifs, la mémoire et le présent*, II, La Découverte, Paris, 1991, p. 256.

⁸ Arno J. Mayer, *La "Solution finale" dans l'histoire*, La Découverte, Paris, 1991, p. 261.

⁹ No es necesario confundir este acercamiento con el planteamiento del historiador revisionista alemán Ernst Nolte, quien popularizó el concepto de "guerra civil europea", y relacionó su origen, no con la caída del antiguo orden monárquico, en 1914, sino con el momento de la Revolución de Octubre (según el autor, fuente de todos los desastres del siglo XX). Cf. Ernst Nolte, *Der europäische Bürgerkrieg*, Ullstein, Frankfurt, 1987.

¹⁰ Cf. Peter Hayes, *Industry and Ideology. IG Farben and the Nazi Era*, Cambridge University Press, 1987.

¹¹ R. Hilberg, *op. cit.*, p. 837.

¹² Cf. T. Sandkühler, H.W. Schmuhl, "Noch einmal: die I.G. Farben und Auschwitz", *Geschichte und Gesellschaft*, 19, 1993, Heft 2, pp. 264-265.

¹³ Cf. La introducción de Zygmunt Bauman a su obra fundamental, *Modernity and the Holocaust*, Polity Press, Oxford, 1989, p. 8.

¹⁴ Rudolf Hoess, *Le commandant d'Auschwitz parle*, La Découverte, Paris, 1995, p. 256.

¹⁵ Z. Bauman, *op. cit.*, p. 30.

¹⁶ Wolfgang Sofsky, *L'organisation de la terreur*, Calmann-Lévy, Paris, 1995, p. 345.

¹⁷ Ernest Mandel, *The Meaning of the Second World War*, Verso, London, 1986, p. 91. Ver también del mismo autor: "Les prémisses matérielles, sociales et idéologiques du génocide nazi", en H. Wissman et Y. Thanassekos (eds.), *Révision de l'histoire*, Cerf, Paris, 1990, pp. 169-174.

¹⁸ Cf. Los textos recopilados en el trabajo colectivo bajo la dirección de Dan Diner, *Zivilisationsbruch. Denken nach Auschwitz*, Fischer, Frankfurt/M, 1988.

¹⁹ Cf. Detlev Peuckert, "Alltag und Barbarei. Zur Normalität des Dritten Reiches", en D. Diner (Hg.), *Ist der Nationalsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit*, Fischer, Frankfurt/M, 1987, p. 59. Ver, sobre todo, Ernest Mandel, *The Meaning of the Second World War*, Verso, London, 1986, p. 91.

²⁰ Ya desarrollado este punto en *Les Juifs et l'Allemagne*, La Découverte, Paris, 1992 (ch. V, "Auschwitz, l'histoire et les historiens").

²¹ Theodor W. Adorno, *Dialectique négative*, Payot, Paris, 1992, p. 286